

i 16465489



# EL TRIUNFO DE ALVARO

## ROMANCE HISTORICO

### INTRODUCCION.

Al son de mi dulce lira  
 quiero evocar de mi patria  
 de otros tiempos las grandezas,  
 de otros dias las hazañas.  
 De mi patria tan valiente  
 como á veces calumniada;  
 de mi España que hoy dormita  
 entre laureles y palmas.  
 Pero ¡guay del que atrevido  
 piense en inferirla infamia!  
 ¡guay del audaz que se burle  
 de sus creencias sagradas!...  
 ¡Que aquí los niños en héroes  
 se truecan para vengarla,  
 y donde ponen los ojos  
 allí con su acero alcanzan!

### PRIMERA PARTE.

#### HERNAN PEREZ DEL PULGAR.

El año mil cuatrocientos  
 noventa y uno, Granada  
 se adormia al blando arrullo  
 de sus festines y zambras.  
 Un rey cobarde y altivo  
 en sus muros se encerraba,  
 entregado á los errores  
 de la ley mahometana.

R-25.292

28

im. 8.  
 Biblioteca  
 GRADA  
 B/  
 M  
 26 D (28)

C  
 001  
 047  
 (28)



7 400 40

Califa

SETL 91

i 16465489

R-~~5557~~ R-25.222



Núm. 8.

Universitaria

GRANADA

B/

M

26 D (28)

28

C

001

047

(28)

# EL TRIUNFO DEL AVE MARIA

## ROMANCE HISTÓRICO.

### INTRODUCCION.

Al son de mi dulce lira  
 quiero evocar de mi patria  
 de otros tiempos las grandezas,  
 de otros dias las hazañas.  
 De mi patria tan valiente  
 como á veces calumniada;  
 de mi España que hoy dormita  
 entre laureles y palmas.  
 Pero ¡guay del que atrevido  
 piense en inferirla infamia!  
 ¡guay del audaz que se burle  
 de sus creencias sagradas!...  
 ¡Que aquí los niños en héroes  
 se truecan para vengarla,  
 y donde ponen los ojos  
 allí con su acero alcanzan!

### PRIMERA PARTE.

#### HERNAN PEREZ DEL PULGAR.

El año mil cuatrocientos  
 noventa y uno, Granada  
 se adormia al blando arrullo  
 de sus festines y zambras.  
 Un rey cobarde y altivo  
 en sus muros se encerraba,  
 entregado á los errores  
 de la ley mahometana.

Sus huestes ya se batian  
 tristes y desalentadas;  
 y el emir Muza tan solo  
 en la victoria soñaba.  
 Los caballeros cristianos  
 en valor rivalizaban,  
 y seguian el asedio  
 con indómita pujanza.  
 Uno existia entre todos  
 que en temerario tocaba:  
 Hernan Perez del Pulgar,  
 el que tomó á escala franca  
 del Salar el gran castillo,  
 cuyo título le honraba.  
 Y cierta noche reuniendo  
 unas diez ó doce lanzas,  
 les habló así: «Por mi nombre  
 «las dilaciones me cansan,  
 «y he resuelto que una vuelta  
 «hoy nos demos por Granada..»  
 Amparados de la noche  
 llegaron hasta la plaza,  
 donde la grande mezquita  
 erguida se levantaba:  
 y el del Pulgar apeándose  
 un grande cartelón saca  
 pintado de azul oscuro,  
 donde con letras doradas  
 Ave María decia,  
 de la Reina sacrosanta  
 la invocacion mas sublime,  
 la mas tierna y mas galana.



Llorente

24 SETL 91



El valeroso Hernan Perez  
 ató el cartel á la daga,  
 y con brazo el mas robusto,  
 de una sola puñalada,  
 de la puerta en la mezquita  
 clavólo en las férreas mallas,  
 y despues arrodillándose,  
 con voz que el llanto mojava,  
 dijo: «¡Oh Reina de los cielos!  
 «de este instante consagrada  
 «esta mezquita á tí queda,  
 «que será iglesia cristiana:  
 «aquí tu nombre les dejo  
 «á las gentes musulmanas;  
 «¡ay! si le infieren ofensa  
 «con hechos ó con palabras.»  
 De esta guisa el caballero  
 habló con voz reposada,  
 y sin temor al peligro  
 que cerca le amenazaba,  
 diz que les dijo á los suyos,  
 que las voces escucharan  
 de las rondas que venian  
 lanzando mil amenazas;  
 diz les dijo: «No aturdirse,  
 «que la Virgen nos ampara;  
 «así, corazon sereno  
 «y lista y firme la espada.»  
 Y á través de las legiones  
 que el camino les cerraban,  
 de la ciudad se salieron  
 á la vega solitaria,  
 batiéndose cual se baten  
 los bravos hijos de España.

## SEGUNDA PARTE.

GARCI-LASO.

De la noche las tinieblas  
 disipa ya el sol radioso,  
 y por la vega cabalga  
 rápido un ginete moro.  
 Le acompañan diez esclavos  
 de negro y brillante rostro,  
 que lucen níveos turbantes,  
 fajas y alquiceles rojos.  
 Al Real de Santa Fé  
 se dirigen presurosos

los once ginetes bravos,  
 los bravos ginetes moros.  
 Es el que marcha delante  
 decidido y animoso,  
 Abd-Allah-ben-Tarfe, gefe  
 de una taifa de los pocos  
 que aun los muros de Granada,  
 aun defienden valerosos,  
 con la fiereza del tigre  
 y con la astucia del lobo.  
 Sobre la robusta pica  
 ostenta Tarfe orgulloso  
 un cartelon relumbrante,  
 dó á veces fija los ojos  
 con mofa, y «Ave María»  
 dice con acento bronco,  
 espoleando al troton  
 que galopa sudoroso.  
 Por fin al Real llegaron,  
 dó los cristianos curiosos  
 avanzando contemplaban  
 aquella tropa de moros.  
 Paró Tarfe de los muros  
 cerca del profundo foso,  
 empinóse en los estribos,  
 y cual el valiente toro  
 con su pupila candente  
 fiero observa desde el coso  
 á los que tras de las vallas  
 le contemplan jactanciosos;  
 así Tarfe á los cristianos  
 miró decidido y osco,  
 y despues con voz robusta  
 dijo de cólera ronco:  
 «Perros, que ahí guarecidos  
 «estais temblando medrosos,  
 «salid, cobardes. que llega  
 «á vuestros fuertes un moro;  
 «no las tinieblas le encubren  
 «de que os amparais vosotros  
 «para llegar á Granada  
 «ocultos y cuidadosos.  
 «Yo vengo á la luz del dia,  
 «porque yo jamás me escondo,  
 «y á provocaros me acerco  
 «sin temer vuestros enojos.  
 «Salid, canes ladradores,  
 «uno á uno, ó salid todos,  
 «que ahí en la próxima vega  
 «os espera Tarfe solo.

«Y este cartel que dejasteis  
«en Granada, y del que mofo,  
«mirad cuánto le desprecio,  
«mirad dónde le coloco.»  
Y volviéndose á la grupa  
de su caballo brioso,  
de la atacola prendiéndolo  
se alejó muy poco á poco.

\* \* \*

¿Habeis visto cuando el cielo  
se oscurece pavoroso,  
y las nubes agrupándose  
forman enlutado toldo,  
y las brisas enmudecen,  
y se callan los arroyos,  
y sus nidos van buscando  
los pájaros silenciosos,  
y ni se agita una hoja,  
ni recruje un viejo tronco?  
Pues así en el campamento  
mudos quedaron y absortos  
los cristianos que en cien lides  
se batieron valerosos.

Y era que hervía la cólera  
en sus pechos de tal modo,  
¡que la voz robó á sus lábios  
y hasta la luz á sus ojos!  
Pero despues cual sucede  
á la calma el quejumbroso  
bramido de la tormenta,  
que llena el espacio cóncavo;  
despues se oyó un fuerte grito  
brotar de los pechos todos;  
grito que clamó: «¡venganza!»  
unísono y poderoso,  
y que cual fiero estampido  
de destructor terremoto,  
retumbando prepotente  
tragó el eco cavernoso.

\* \* \*

En su tienda pensativos  
están los Reyes católicos,  
y de la parte de afuera  
se escucha recio alboroto:  
lo causan los caballeros  
que se acercan presurosos  
á solicitar su venia  
para dar castigo pronto  
al audaz que en su osadía,  
teniendo la vida en poco,

á la Reina de los cielos  
agraviara de tal modo.  
Mientras esto sucedia  
de sus altezas en torno,  
en una tienda apartada  
se vía á un gallardo mozo  
aun imberbe, casi un niño,  
que se armaba presuroso  
un blanco arnés de Vizcaya,  
escaso en ricos adornos.  
—«Niño, gritó, mi caballo.»  
Y al llamamiento afanoso  
acudió un viejo escudero,  
llevando del diestro un potro  
de mallas eucubertado  
y relinchando gozoso.  
Montó el doncel con presteza  
en el impaciente tordo,  
que no bien sintió al gineté  
sobre sus robustos lomos,  
salió al galope tendido  
entre una nube de polvo.

\* \* \*

De una frondosa alameda  
al grato abrigo sombroso,  
descabalgó el audaz Tarfe,  
y aguardando quedó solo.  
Al breve rato dormia,  
dormia tranquilo el moro,  
cual enfrente del peligro  
se duermen los valerosos.  
A la frondosa alameda  
llega ya el imberbe mozo,  
el de la blanca armadura,  
el del impaciente tordo.  
Con la visera calada  
entra en el sitio frondoso,  
y encarándose con Tarfe  
le apostrofa de este modo:  
—Por tu cabeza aquí vengo  
desdichado jactancioso,  
tu cabeza que insegura  
está ya sobre tus hombros.  
—¿Quién eres? pregunta Tarfe.  
—¿Qué importa si te provocó?  
—Es que yo nunca me bato  
con aquel que no conozco.  
Alzó el doncel la visera,  
y al ver su juvenil rostro,  
miróle Tarfe admirado



y sonriendo afectuoso.

—¡Bien, rapaz!... ¡muy bien! le has empezado bien pronto (dijo, á buscar árduas empresas, mas me pareces bisoño.

Vuelve al Real, y al de Córdoba, que es tan ardidado y famoso, dile que Tarfe le espera, dile que le espera solo.

—Vengo á batirme contigo, dijo el doncel, que en su enojo barbotaba las palabras ya convulso y tembloroso.

—¡Estás temblando!...

—¡De cólera!...

—¡Ó de miedo!...

—¡Calla, moro!

Gritó el doncel balbuciente adelantando furioso, y alzando la fuerte lanza, por el cuento dió en el rostro de Tarfe, con ciega furia un rudo golpe afrentoso. No con mas fiera pujanza ruge el leon cuando el plomo del cazador le atraviesa y se vé de sangre rojo. No mas ágil ni imponente, mas feroz, ni mas indómito, se arroja sobre su presa que Tarfe acometió al mozo. Por la solitaria vega un golpe se escuchó sordo: ya de los dos combatientes las lanzas se habian roto; ya brillaban los aceros con destellos fulguerosos las armaduras dejando sin sus brillantes adornos....

Media hora ha trascurrido y vá el doncel ufano galopando por la vega sobre su incansable tordo. Lleva un cartel sobre el pecho en que con letras de oro se vé el nombre de María

destacarse esplendoroso. Y en la diestra mano lleva, lleva un sangriento despojo, es la cabeza de Tarfe que él ha cortado animoso.

Armado de todas armas llega un ginete de pronto junto al jóven y le dice entre risueño y quejoso. —¡Garci-Laso, Garcí-Laso, «en verdad me causa enojo «el ver que dejando vais «mi lanza en constante ócio!... Y sonriendo indulgente le abrazó con alborozo. Era Gonzalo de Córdoba que al reto acudia ansioso del iluso á quien mataran su temeridad y arrojo.

Y de entonces á los Lasos dieron los Reyes Católicos, *de la Vega* el apellido, que siempre ha sido famoso: concediéndoles pusieran en sus escudos honrosos un cuartel dó se leyese de María el nombre hermoso. Y el pueblo de Santa Fé entre sus fastós gloriosos conmemora aquella hazaña ostentando el cuartel propio en su escudo que corona una cabeza de moro.

Ya ves, pueblo de mi España si estar puedes orgulloso cuando ves que si pretende alguien cubrirte de oprobio y tus creencias cristianas á escarnecer osa loco, tus niños saben vengarte, y valientes y hazañosos llegan siempre con su espada á donde ponen los ojos.

AGUSTIN LOBEZ.